

M^a. ASUNCIÓN GUARDIA

Auténtica, loca, penetrante. Dublín cumple su lema: *Truly, Madly, Deeply*. La capital de Irlanda es la puerta de entrada a un país ligado a los recuerdos escolares de muchos españoles que hicieron allí sus pinitos de inglés, y es meta de americanos en busca de sus raíces. Siendo uno de los principales destinos turísticos de todo el mundo, ha sabido, además, aprovechar mejor que nadie los fondos de la UE para el despegue de su economía: los últimos 15 años han sido los del despertar del Tigre Celta, para esta ciudad de origen vikingo bañada por el río Liffey.

País pobre, buenos escritores

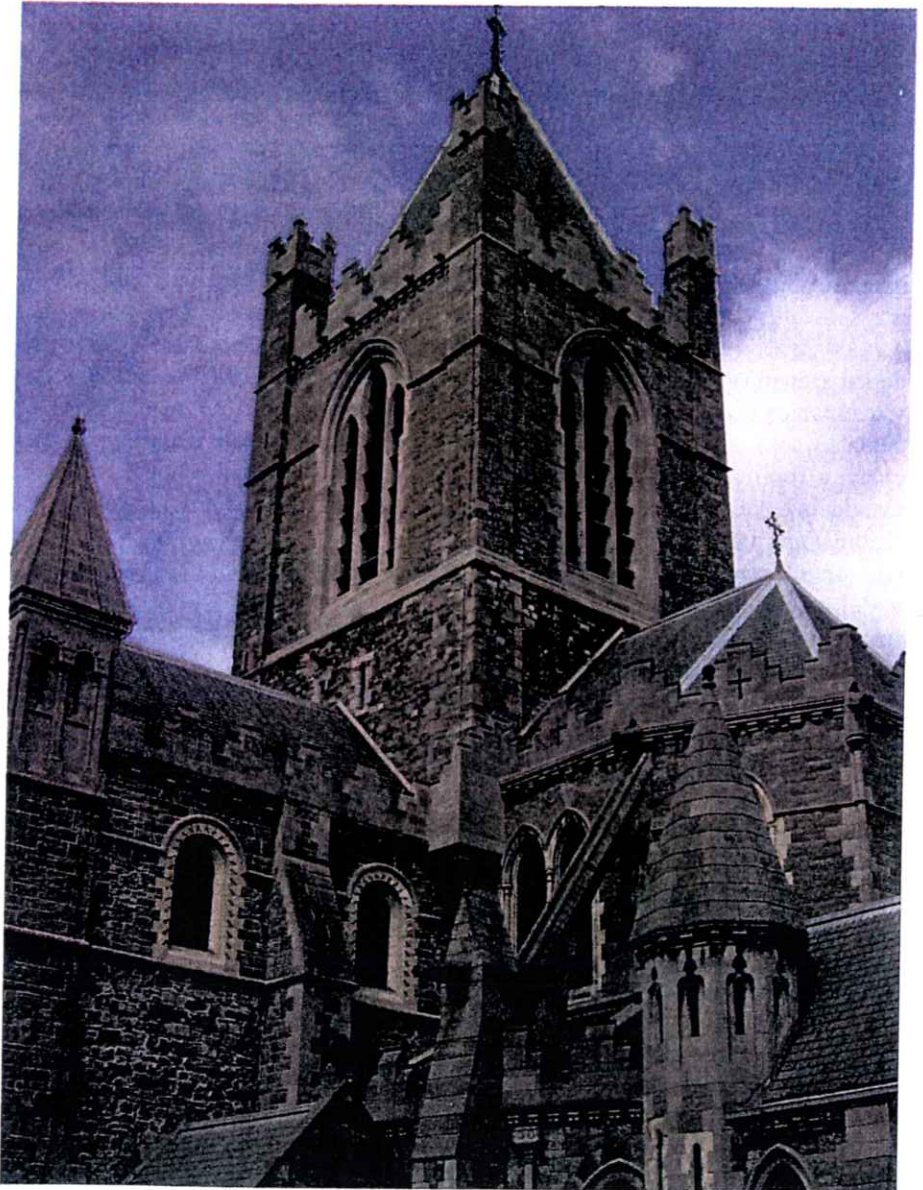
Para escribir basta la imaginación y Dublín, que ha sido pobre, destaca como cuna de grandes escritores. Swift, Oscar Wilde, Joyce, la lista sería interminable y cada uno con su placa en el jardín de la catedral. Y tiene el Museo de los Escritores, el Museo Joyce, la casa donde se escribió el *Ulises*, la casa de Oscar Wilde y su estatua yacente en el parque Stephen Green, la tumba de Swift y sus manuscritos, con una vitrina dedicada a "Una proposición modesta" en la que, tal vez aquejado ya por un tumor cerebral, el autor de los *Viajes de Gulliver* aboga por comerse el exceso de niños que nacían en este católico país donde el aborto está muy mal visto.

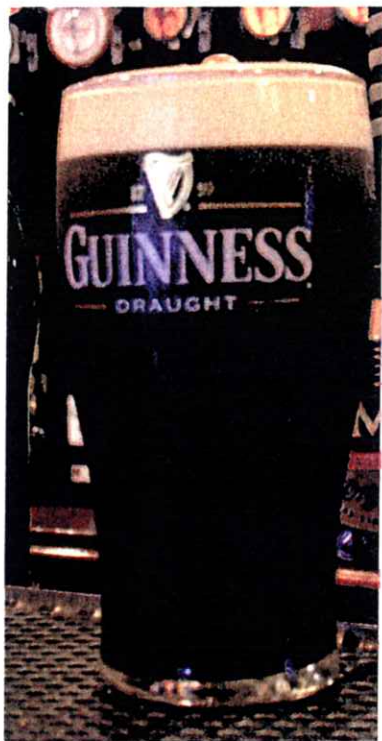
Donde llueve y hace frío, las casas suelen ser muy confortables. Y los dublineses son maestros en el arte de refugiarse en sus viviendas de ladrillo rojo, junto a la chimenea. El barrio de casas georgianas tiene puertas de colores muy vivos: cuando la reina Victoria enviudó de su amado Alberto, mandó que las puertas de todas las casas se pintaran de negro en señal de luto, pero los du-

Dublín

El despertar del tigre celta

La capital irlandesa ofrece numerosos puntos de interés, más allá del circuito por la ciudad de los escritores o de la mítica cerveza Guinness





Dos de los emblemas de la capital irlandesa, su mítica cerveza negra Guinness, y la céntrica Temple Bar.

blineses, sometidos al imperio británico pero siempre rebeldes, no solo desobedecieron la orden, sino que las pintaron de rojo, verde, azul, rosa y amarillo cantón. Hay otra explicación: cuando vuelven a casa con alguna copa de más, dicen que un color tan vivo les ayuda a no confundirse de puerta.

Cultura de pub y cerveza

No es un secreto que los irlandeses son aficionados a la bebida y a la cultura de pub. Una pinta en el pub más antiguo del mundo o en el más pequeño —solo seis personas— es algo que no deben perderse. Manejable, amable y segura, la ciudad de los 800 parques invita a recorrer sus calles. En el centro, el Trinity College guarda los libros iluminados más antiguos, los famosos Kells books. La zona más "cool", noche y día, es Temple Bar con sus tiendas exclusivas, su filmoteca para revisar el clásico cine irlandés y sus bares de moda. Y para terminar la vela-

da, sesión de Gaelcultur con canciones y bailes de puro estilo celta.

Molly Malone

Al igual que la sardinera de Santurce, Molly era una guapa moza que ofertaba por las calles su producto más fresco: y no era solo el mejillón, sino la almeja, dice la popular canción sobre la joven

que de noche aparcaba su carrito de pescado para dedicarse a vender carne más apetecible. La pobre murió joven y tiene monumento a la entrada de la calle Graffton mostrando escote y mercancía.

En contraste, Malahide, a las afueras de Dublín, es un ejemplo de castillo aristocrático rodeado de verde paisaje irlandés. ■

Guía del viajero

Qué ver. Lo mejor es adquirir el Dublin Pass, y subirse al bus rojo de dos pisos que recorre los principales sitios de interés y permite bajarse en cualquier punto y reanudar el viaje durante 24 horas.

Qué comer. La gastronomía es, valga la redundancia, un plato fuerte. El Chapter One, situado bajo el Museo de los Escritores tiene una estrella Michelin. Como novedad, el Fabulous Foot Trail, es un recorrido a pie para degustar en seis o siete establecimientos diferentes especialidades. www.fabfoodtrails.com

La Guinness. Más que una vieja fábrica en la que trabajaron 5.000 obreros, es una institución ciudadana de visita obligada. Dicen que al fundador, Albert Guinness, se le quemó la cebada que tostaba para preparar la cerveza y en vez de tirarla, la aprovechó para inventar la famosa bebida negra. Disfrutar de una buena pinta en el Gravity bar del Guinness Storehouse, brinda, además, espectaculares vistas de la ciudad. www.guinness-storehouse.com.

Más información: www.visitdublin.com y www.turismodeirlanda.com. ■